

# Un Maestro de América

ENTRE los hombres de alto espíritu filosófico que ha tenido nuestra América, es preciso citar, en primer término, a José de la Luz y Caballero, el Sócrates cubano, como con acierto admirable le han llamado muchas inteligencias europeas.

Vivió en la primera mitad del siglo diez y nueve: toda su existencia fué una continua enseñanza de nobles propósitos y de magníficos ejemplos. Ningún americano que ame de verdad a su continente privilegiado puede ignorar las sabias doctrinas de este hombre que, hace cien años, pensó, con energía sin igual, en los múltiples problemas que han de intranquilizar siempre al mundo.

Comprendió el sabio maestro de los cubanos que acepta la tiranía, deseando sentir sofocados los propios impulsos individuales y colectivos, el pueblo que todo lo espera de la iniciativa de los gobiernos constituidos. Aconsejó a los ciudadanos de cada una de las naciones hispanoamericanas impacientarse para hacer madurar la fruta de los ingenios nativos y no impacientarse porque necesariamente esa fruta ha de llegar, tarde o temprano, a la plenitud de su desenvolvimiento, pudiendo así obtenerse de ella cuanto es de esperar: su jugo delicioso para disminuir la sed de ideales, su germen fecundo para perpetuar, en nuevos campos, el ansia de porvenir que en él se encierra.

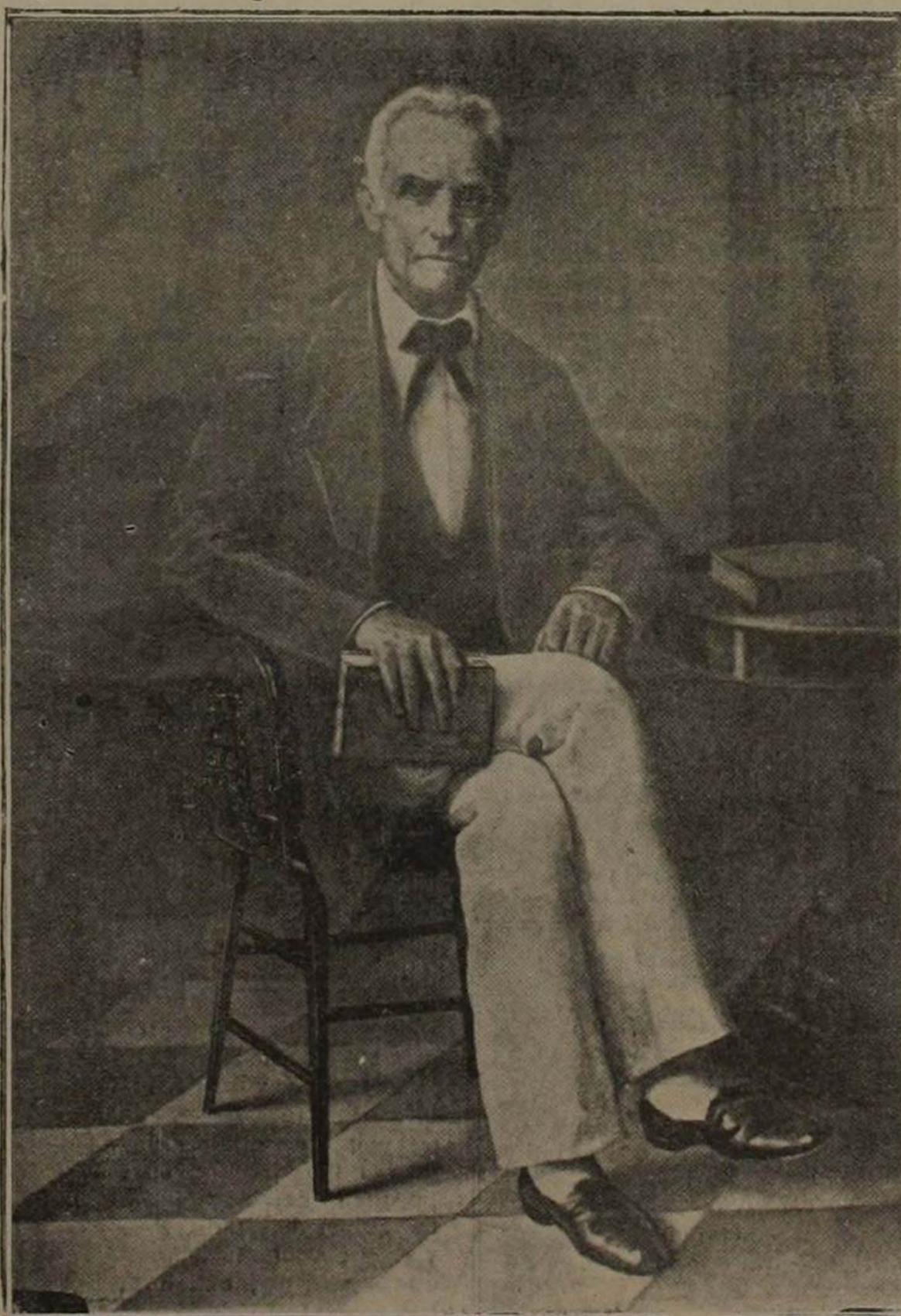
Por eso pedía a la Humanidad hombres, más que instituciones, porque para tener éstas y para que ellas cumplan la misión que les está encomendada, basta que haya hombres de verdad, Hombres, con mayúscula, como fueron, por ejemplo, los abnegados fundadores del noble espíritu cubano, hombres que sepan comprender que el sacrificio es la piedra de toque de cuanto somos y de cuanto podemos llegar a ser si logra-

mos desprendernos del interés mezquino, veneno mortal que corroe las entrañas de los individuos y de las sociedades que esos mismos individuos llegan a constituir. Ese tósigo violento es el que engendra la moral envilecedora de las bajas tiranías, moral que gradúa el mérito de cada persona y de cada cosa considerando, únicamente, el provecho inmediato que de ellas se deriva sin preocuparse por crear, en los hombres, necesidades de índole profunda; al contrario, engendra en ellos, cualidades negativas: como la envidia, como la murmuración, hija adoptiva de aquélla, como la hipocresía, madre generosa de ambas, digna compañera del egoísmo infecundo. Y la envidia, la murmuración, la hipocresía y el egoísmo son locuaces en extremo porque, ellas y él, más que la torpeza o la ignorancia, se oponen enérgicamente al ejercicio sa-

ludable del divino laconismo. Así se explica por qué la inocencia suele ser compañera inseparable de la perspicacia: ambas son hijas, la una, del corazón y la otra, del razonamiento; por eso mismo la malicia es el talento de la nulidad, de la flaqueza de espíritu.

El sabio profesor de la Habana pudo establecer esos principios usando, para hacerlo, de un laconismo tan delicioso que logró imponerse a la admiración y al estudio de sus contemporáneos y de aquellos que, en el fatigoso bregar de la existencia, llegamos a ocupar, más tarde, nuestro puesto al sol, al agua y a los golpes, tres cosas que maduran, así a los hombres como a las frutas.

De la Luz y Caballero estudió el mundo y las cosas del mundo con imparcialidad suma: no demostró interés hondo por aquél o por éstas ni tampoco quiso tratarlos con indiferencia egoísta; recordaba el insigne maestro que el interés no deja examinar las cosas y que el des-



Don José de la Luz y Caballero

(Del retrato pintado por CISNEROS)